

Realeza y labor doméstica en Macedonia antigua

María Dolores MIRÓN PÉREZ
Universidad de Granada

SUMMARY

An incident narrated by Quintus Curtius (5, 3,18-22), with Alexander the Great and the Persian queen mother Sisigambis as protagonists, gives as a clue about a very little known aspect of Macedonian royal women (famous for their political activities): their industry in household chores, particularly in textiles. The Macedonian monarchy used women as demonstrations of hellenism, as contrasted with barbarian Persian customs. In fact, textile industry was considered in ancient Greece as a women's natural skill, an inherent characteristic, and it was independent of their status, including goddesses. In this respect, Macedonian princesses were more related to Micenic heroines, since Macedonian kings placed their origins in the mythical world, than to veiled Athenian women.

A finales de 331 a.C., después de la batalla de Gaugamela, en que Alejandro Magno había vencido definitivamente al persa Darío, el rey macedonio decidió continuar su conquista hacia el este. Había dejado en Susa a la madre y los hijos de su rival, a los que, desde su captura en la batalla de Issos (noviembre 333 a.C.), había tratado con gran deferencia y familiaridad. En especial eran cordiales sus relaciones con la madre del vencido rey persa, Sisigambis, a la que trataba como a una segunda madre, siendo correspondido con gran simpatía y aprecio maternal ¹.

¹ Arriano, 2, 11,9; Curcio, 3, 11,4; Diodoro, 17, 36,2; Plutarco, *Alejandro*, 21, 30,3. Cfr. E.D. Carney. «Foreign Influence and the Changing Role of Royal Macedonian Women», *Ancient Macedonia* 5.1, 1993, p. 313-323, en p. 321.

Antes de partir, Alejandro decidió agasajar una vez más a la venerable reina persa. Como había recibido algunas ropas macedonias y gran cantidad de tejido púrpura, junto con las mujeres que los habían elaborado, envió todo este material como regalo a Sisigambis, aconsejándole que, si le gustaban las ropas, enseñara a sus nietas a hacerlas, para lo cual le hacía asimismo donación de las mujeres que las habían hecho y que podrían adiestrarles. Pero, lejos de mostrarse halagada ante el presente, Sisigambis se sintió profundamente humillada. No había mayor desgracia para una mujer persa que trabajar la lana.

Rápidamente, Alejandro quiso corregir su error y, presentándose en persona ante la reina, se excusó por haberla insultado con su ignorancia: «Madre, en estas ropas que llevo, ves no sólo el regalo de mis hermanas, sino también su labor. Nuestras costumbres provocaron mi error»².

Este episodio merece ser comentado en varios puntos.

En primer lugar, su autenticidad. El historiador romano Quinto Curcio es el único que nos da noticias sobre él. Este autor latino destaca por su erudición, plasmando en su obra tanto los hechos comprobados como el amplio anecdótico, apócrifo o no, que surgió de la, ya legendaria en la Antigüedad, figura de Alejandro. Este autor, que pudo haber escrito durante el reinado de Claudio³, tiende a resaltar, no sin criticismo, aquellos hechos de la vida de Alejandro que pueden ser puestos en relación con la realidad de la Roma imperial, especialmente la progresiva tiranización y orientalización de los emperadores romanos.

En concreto, esta alusión a la labor textil de las hermanas de Alejandro encuentra su eco en la conocida afirmación de Augusto, en su afán por presentarse a sí mismo y a su familia como campeones de las tradicionales costumbres romanas, de que era la propia Livia la que elaboraba sus vestidos⁴. Más adelante, el historiador latino refiere –y de nuevo es el único que ofrece esta información– la intención de Alejandro de divinizar a su madre a la muerte de ésta⁵, lo cual puede ser puesto en relación con la instauración del culto imperial en Roma, y, en concreto, con la divinización de Livia por parte de Claudio.

² Curcio, 5, 2,20: «*Mater, hanc vestem qua indutus sum sororum non donum solum, sed etiam opus vides; nostri decipere me mores.*» Para el episodio completo, id., 5, 2,18-22.

³ Cfr. J.R. Hamilton. «The Date of Quintus Curtius Rufus», *Historia* 37, 1988, p. 445-456.

⁴ Suetonio, *Augusto*, 64, 73. Ver E.D. Carney. «Alexander and Persian Women», *AJPh* 117, 1996, p. 563-583, en p. 566.

⁵ Curcio, 9, 6,26-27; 10, 5,30.

Sin embargo, ninguno de los dos episodios, al contrario de lo que suele suceder cuando Curcio relaciona los hechos de Alejandro con otros más contemporáneos, es presentado de forma negativa. La divinización de Olimpia, que es considerada por un Alejandro por completo orientalizado y convencido de ser un dios, se expone como un ejemplo de piedad filial. En cuanto al equívoco con Sisigambis, se muestra a un Alejandro todavía griego, imbuído aún de las costumbres griegas, tan en contraste con las persas, aunque el episodio se sitúe en pleno proceso de transformación del rey macedonio en tirano oriental. El hecho de que algo tan «civilizado» como que las mujeres trabajen la lana sea tan extraño a los persas no hace sino resaltar la barbarie de éstos⁶.

No es la primera vez que se utiliza a las mujeres macedonias como afirmación de helenismo frente al «bárbaro» persa. Heródoto relata que, cuando los enviados persas acudieron a la corte de Amintas I (ca. 500 a.C.) a demandar de éste «la tierra y el agua», es decir, el vasallaje, para Darío, el rey macedonio no sólo lo concedió, sino que los agasajó con un gran banquete, en que se bebió abundantemente. Llegados a cierto punto del festín, los persas, totalmente borrachos, pidieron que, como era su costumbre en los banquetes, trajeran a las concubinas y las esposas legítimas a sentarse junto a los hombres. Amintas replicó: «Persas, no es esa la costumbre entre nosotros, sino que los hombres estén separados de las mujeres»⁷. No obstante –necesidad obliga–, el rey accedió. Cuando los persas, ebrios, intentaron abusar de las mujeres, el príncipe Alejandro, les ofreció que pasaran la noche con ellas, pero que antes las dejaran asearse. Así que las mujeres fueron enviadas a sus aposentos (γυναικητή). Quienes regresaron a sentarse junto a los persas fueron

⁶ No obstante, es posible detectar una influencia del modo de vida de las mujeres de la realeza persa en las de la familia real macedonia, según señala Carney, «Foreign», p. 318-322. Sobre el relato de Heródoto acerca de un vestido real realizado por la reina Amastris y que causó un enorme conflicto en la corte de Jerjes (9, 108-113), se trata de una historia posiblemente falsa, como buena parte de lo que cuenta Heródoto sobre los persas. Heródoto o la fuente que le proporciona esta historia –o bien griega o bien tamizada por el mundo griego– atribuye a las persas la costumbre griega, que consideraba la labor textil como algo intrínseco a la naturaleza misma de las mujeres (ver infra) y, por tanto, universal, de ahí el error tanto de Heródoto como de Alejandro. Cfr. H. Sancisi-Weedenburg. «Exit Atossa: Images of Women in Greek Historiography on Persia», en *Images of women in antiquity*, ed. por A. Cameron y A. Kuhrt. Londres 1983, p. 20-33, en p. 28-31. Por otro lado, es posible que esta «alergia» a la labor textil afectase tan sólo a las mujeres de alto rango.

⁷ Heródoto, 5, 18: «Πέρσαι, νόμος μὲν ἡμῖν γε ἐπὶ οὐδ' οὗτος, ἀλλὰ κεχωρίσθαι ἄνδρας γυναικῶν.» Para la historia completa, id. 5, 18-21.

guerreros macedonios vestidos de mujeres, que procedieron a masacrar a los huéspedes.

Esta historia es seguramente falsa. Es difícil que semejante crimen, sobre todo procedente de un reino vasallo como era entonces Macedonia, quedase impune y sin investigación profunda. Además, con posterioridad, Macedonia fue favorecida por Persia⁸. Precisamente fue Alejandro I quien acabó de despejar las dudas del helenismo de la casa real macedonia, al ser admitido por los jueces a participar en los Juegos Olímpicos, por completo reservados a los griegos⁹. Mediante esta historia, que quiere redimir a los reyes macedonios de la acusación de haberse sometido a los persas, se utiliza a las mujeres para ofrecer asimismo un crudo contraste entre las civilizadas costumbres griegas y los bárbaros usos persas. Son frecuentes las historias de Heródoto, seguramente falsas, en las que destaca la activa participación en política de las mujeres de la familia de Jerjes como causa del declive del imperio persa. Se pone en contraste el afeminado mundo persa, dominado por las mujeres, con la masculina civilización griega, en la que la política es asunto exclusivo de hombres¹⁰. Del mismo modo, mediante el episodio de los embajadores, Macedonia hace una afirmación de helenismo presentándose como un mundo masculino, en el que las mujeres estarían totalmente ausentes de la vida pública. Curiosamente, casi doscientos años más tarde, se atribuiría a la enorme influencia política de las mujeres de la familia real macedonia buena parte de culpa en la caída de la dinastía teménida, lo que hace preguntarnos hasta qué punto era cierta esta radical segregación masculino/femenino en la Macedonia de Heródoto.

No obstante, esta historia refleja un hecho real, documentado históricamente: Las mujeres libres «privadas», es decir, pertenecientes a un *oikos* —entre las que se incluía no sólo a esposas e hijas, sino también a las concubinas—, no participaban en los simposios; ni en los griegos clásicos, con su despliegue de flautistas y cortesanas¹¹, ni en los macedonios,

⁸ Cfr. R.M. Errington. «Alexander the Philhellene and Persia», en *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson*, ed. por H.J. Dell y E. Borza. Salónica 1981, p. 139-143; N.G.L. Hammond. *A History of Macedonia*, II. Oxford 1979, p. 98-99.

⁹ Heródoto, 5, 22. Sin embargo, este hecho es puesto en duda por E.N. Borza. «Athenians, Macedonians, and the Origins of the Macedonian Royal House», en *Studies in Attic Epigraphy, History and Topography, Presented to Eugene Vanderpool*. Princeton 1982, p. 7-13.

¹⁰ Ver Sancisi-Weedenburg, *op.cit.*

¹¹ Ver O. Murray. *Symptica. A Symposium on the Symposium*. Oxford 1993; M. Vickers. *Greek Symposia*. Londres 1978.

donde corría el vino puro con generosidad¹². Así pues, una historia falsa reflejaría una costumbre verdadera, al menos en lo que concierne a la parte griega.

Del mismo modo, el episodio del equívoco con Sisigambis, que, en cambio, tiene todos los indicios de ser cierto, refleja otra costumbre griega: la dedicación de las mujeres a la labor textil.

Especialmente en Atenas, pero general a toda Grecia –con la probable excepción de Esparta¹³–, las mujeres eran identificadas con la labor textil, con el trabajo de la lana¹⁴. Abundan las alusiones en las fuentes literarias a mujeres hilando y tejiendo. Las pinturas de los vasos áticos están llenas de escenas de gineceo en las que las mujeres cardan o hilan lana –las imágenes ante el telar son, sin embargo, poco frecuentes–. Aunque no es corriente la aparición de mujeres trabajando en las estelas funerarias, cuando sucede así, es casi exclusivamente en la labor textil –aparte del cuidado de los niños, que se refleja con gran frecuencia–. Basta la presencia de un cesto de lana (*kalathos*) para identificar a una mujer¹⁵.

La elaboración del vestido es uno de los trabajos fundamentales en la economía doméstica. Antes del siglo IV a.C., en que empiezan a crearse manufacturas textiles con obreros de ambos sexos¹⁶, en Grecia la ropa se elaboraba de principio a fin en casa. En las mujeres ciudadanas de alto rango, se consideraba una labor noble. La señora de la casa distribuía el trabajo entre las mujeres de la familia, libres y esclavas, participando ella misma en esta actividad, que era extensible a las mujeres de todas las

¹² Cfr. E.N. Borza. «The Symposium at Alexander Court», *Ancient Macedonia III*, 1983, p. 45-55. W.W. Tarn. *Alexander the Great*. Cambridge 1948, vol. II, p. 48-49, llega a afirmar que en los simposios macedonios no participaba ninguna mujer, ni siquiera flautistas o heteras.

¹³ No obstante, un ritual de Laconia hacía que cada año las mujeres tejieran una túnica a Apolo de Amiclas (Pausanias, 3, 16,2), lo que quiere decir que las espartanas, o al menos algunas de ellas, sabían tejer, aunque no fuese ésta una de sus ocupaciones principales.

¹⁴ Ver E.J.W. Barber. «The Peplos of Athena», en J. Neils. *Goddess and Polis. The Panathenaic Festival in Ancient Athens*. Princeton 1992, p. 103-117; I.D. Jenkins. «The ambiguity of Greek textiles», *Arctura* 18, 1985, p. 109-132; E. Keuls. «Attic Vase-Painting and the Home Textile Industry», en *Greek Painting and Iconography*, ed. por W.G. Moon. Wisconsin 1984, p. 209-230.

¹⁵ En una hidria de Apulia, en el Smithsonian Museum de Washington, se representa la tumba de una mujer con la simple forma de un *kalathos*. Para la identificación entre mujeres y recipientes, ver S.C. Humphreys. «Women, Boxes, Containers: Some Signs and Metaphors», en *Pandora. Women in Classical Greece*, ed. por E.D. Reeder. Baltimore 1995, p. 91-101.

¹⁶ W. Thompson. «Weaving: A Man's Work», *CWorld* 75, 1981, p. 217-222.

clases y condiciones sociales ¹⁷. También a las heroínas míticas, y a las diosas.

El mundo homérico presenta a menudo a sus aristócratas damas ante el telar. La historia del interminable tejido de Penélope es un símbolo de la dedicación a su esposo y a su casa, de su ejemplaridad como esposa y ama de casa ideal. Andrómaca deja a Héctor para volver a su labor ¹⁸. Pero no se trata de un trabajo exclusivo de esposas y amas de casa ideales. La adúltera Helena teje un tapiz con la historia de las guerras que tienen lugar por su culpa ¹⁹. No obstante, es una dama griega de alto rango, y más bien una víctima de los caprichos de los dioses y hombres que una decidida traidora, y así aparece en los textos homéricos. Más significativo es que la maga Circe y la ninfa Calipso, ambas inmortales y muy lejanas al modelo de Penélope o Andrómaca, también aparezcan ante el telar ²⁰. La diosa Anfítrite, esposa de Poseidón, es llamada «la del huso de oro» ²¹. Las mujeres, por poderosas que sean, e independientemente de su condición mortal o inmortal, son, ante todo, mujeres, y, como tales, se dedican al trabajo textil. Así es desde los orígenes. Cuando los dioses crearon a Pandora, la primera mujer, recibió como atributos, luego aplicables al resto de su sexo, como don de Atenea, la habilidad de tejer ²². Es, por tanto, la habilidad en el trabajo textil un atributo concedido por la divinidad a las mujeres, como una cualidad natural intrínseca a su sexo.

Así pues, no es extraño hallar a las mujeres de la familia real macedonia implicadas en la labor textil. Sobre todo si tenemos en cuenta que la monarquía macedonia pretendía —al menos en tiempos de Filipo II y

¹⁷ Incluidas las prostitutas. Cfr. E. Keuls. *The Reign of Phallus. Sexual Politics in Ancient Athens*. Nueva York 1985, p. 258-266; R.F. Sutton. *The Interaction between Men and Women Portrayed on Attic Red-Figure Pottery*. Ann Arbor 1982, p. 347-379.

¹⁸ *Íliada*, 6,490-493.

¹⁹ *Íliada*, 3,115-128.

²⁰ *Odisea*, 5, 59-62; 10, 220-223, 254-255.

²¹ Píndaro, *Olimp.*, 6,104-105. También, sorprendentemente en principio, recibe este epíteto Artemis. Cfr. P. Brulé. *La religion des filles à Athènes à l'époque classique*. París 1987, p. 227-229. Afrodita, la diosa más «femenina», también hila. Ver, entre otros, E.G. Suhr. «The Spinning Aphrodite in Sculpture», *AJA* 64, 1960, p. 253-264; Id. «The Spinning Aphrodite in Minor Arts», *AJA* 67, 1963, p. 63-68; B. von Freytag Löringhoff. «Ἀφροδίτη Ἐυαλάκατος», en *Tranquillitas. Mélanges en l'honneur de Tran tam Tinh*, ed. por M.-O. Jentel y G. Deschênes-Wagner. Québec 1994, p. 191-198.

²² Hesíodo, *Trabajos*, 64-65. Ver también Pausanias, 10, 30,1, sobre los dones de las diosas a las hijas de Pandáreo: de Hera, inteligencia y belleza; de Artemis, alta estatura; de Atenea, «trabajos que corresponden a mujeres».

Alejandro III— presentarse como una auténtica monarquía al estilo homérico. Los reyes de la dinastía argeada decían ser descendientes de Témeno, hijo de Heracles y, por tanto, del mismísimo Zeus²³. Son notables los paralelismos entre la realeza macedonia y el mundo homérico. En cuanto a las mujeres de la familia real, al igual que las legendarias heroínas, eran capaces tanto de presentarse como mujeres «terribles», de personalidad propia, implicadas activamente en los asuntos públicos, aunque fuese al modo femenino, como de sentarse ante el telar a hacer labores primorosas. De hecho, al igual que ocurre en el mundo homérico, la separación de espacios a la que alude el episodio narrado por Heródoto, debió de ser bastante flexible o de otro modo esta participación en política no hubiese sido posible²⁴.

Esta aspiración mítica cobró especial fuerza con Filipo II y, sobre todo, Alejandro Magno. En efecto, el conquistador de Darío reclamaba no sólo su descendencia de Heracles, sino también de Aquiles, ancestro de la familia de su madre. Su emulación de Dioniso y, sobre todo, de Aquiles, así como su veneración por la *Ilíada* son bien conocidas. Alejandro quiso presentarse como uno de aquellos héroes legendarios, y parece claro que con la pretensión de acabar él mismo convertido en un dios²⁵. La labor de sus hermanas sería también la típica de las heroínas míticas, del mismo modo que el rey lo era al estilo homérico. Sin embargo, a diferencia de la monarquía, para la cual no existen paralelismos válidos en el mundo griego contemporáneo, y de ahí el interesado regreso al mundo homérico, las mujeres sí hallan un modelo viviente, como ya se ha señalado. No obstante, cabe hacer una observación. Los vestidos que se propone elaboren las princesas persas son vestidos macedonios,

²³ Sobre la conexión entre la monarquía macedonia y el mundo micénico, ver A. Cohen. «Alexander and Achilles-Macedonians and “Mycenaeans”», en *The Ages of Homer. A Tribute to Emily Townsend Vermeule*, ed. por J.B. Carter y S.P. Morris. Austin 1995, p. 483-505; P. Green. *Alexander to Actium. The Historical Evolution of the Hellenistic Age*. Berkeley 1990, p. 190; Sp. Marinatos. «Mycenaean Elements within the Royal Houses of Macedonia», *Ancient Macedonia I*, 1970, p. 45-52. Sobre la supuesta ascendencia argiva de los reyes macedonios, ver Borza, *op.cit.* y Hammond, *op.cit.*, p. 3-14.

²⁴ Cfr. Carney, «Foreign», p. 314-316. En general, sobre las mujeres en el mundo homérico, ver, entre otros, *The Distaff Side. Representing the Female in Homer's Odyssey*, ed. por B. Cohen. Oxford 1995; H.P. Foley. «Reverse Similes and Sex Roles in the *Odyssey*», *Arethusa* 11, 1978, p. 7-19; Cl. Mossé. «La femme dans la société homérique», *Klio* 63, 1981, p. 149-157; C.G. Thomas. «Penelope's Worth. Looming Large in Early Greece», *Hermes* 116, 1988, p. 257-264.

²⁵ Cfr. L. Edmunds. «The Religiosity of Alexander», *GRBS* 12, 1971, p. 363-391, y, especialmente, A. Cohen, *op.cit.*

seguramente destinados a ser llevados por el rey, en especial los de color púrpura, y serían, sin duda, similares a los elaborados por las princesas macedonias²⁶. Se trataba, por tanto, de una labor especialmente noble y valiosa, tanto por el material empleado como por su finalidad. El que, en este caso, hubiesen sido realizados por esclavas daría cuenta de la enorme cantidad de material requerido para abastecer a la corte, trabajo ingente para las princesas, que, además, se hallaban muy lejos.

Significativamente, las heroínas y ninfas de la *Ilíada* y la *Odisea* aparecen generalmente sentadas ante el telar, realizando valiosos tejidos, de esmerada labor, a menudo de color púrpura²⁷, mientras que los trabajos preliminares –aunque, el hilado (de oro) sea también labor divina– aparecen de forma secundaria. No obstante, Helena y la reina Arete se dedican al hilado de lana purpúrea²⁸. Como contraste, en la Atenas clásica, las imágenes son abundantes en mujeres ciudadanas hilando –en menor medida cardando–, mientras que es rara la representación del telar, no obstante la apreciación de Jenofonte de que el ama de la casa –o, al menos, el ama de casa rica, como la mujer de Iscómaco– debía atender el telar, como una señora, y no estar sentada todo el día –¿cardando o hilando?–, como una esclava, aunque por supuesto debía saber realizar las labores previas para poder distribuir el trabajo y enseñar a las esclavas²⁹. En todo caso,

²⁶ Sobre los vestidos macedonios, en especial los relacionados con la realeza, cfr. Chr. Saatsoglou-Paliadeli. «Aspects of Ancient Macedonian Costume», *JHS* 103, 1993, p. 122-147. Sobre la utilización de la púrpura en la Antigüedad, ver M. Reinhold. *History of Purple as a Status Symbol in Antiquity*. Bruselas 1970, quien indica que este color era indicativo de la monarquía aqueménida (p. 18-20), siendo adoptado como tal por el orientalizado Alejandro Magno y su corte (p. 29-31). Sin embargo, un vestido realizado en púrpura y oro, que podría ser indicativo de la labor mencionada por Curcio, fue hallado en la urna cineraria de la reina enterrada en la Tumba II de la necrópolis real macedonia de Vergina, lo que indicaría que el uso de este material en vestidos reales no tendría porqué estar relacionado necesariamente con la adopción de los modos de la corte persa por Alejandro, sobre todo si la tumba es la de su padre Filipo. Cfr. M. Andronicos. *Vergina. The Royal Tombs and the Ancient City*. Atenas 1984, p. 191-192, lám. 156-157. Jenkins (*op.cit.*, p. 120-126) señala la asociación entre labor textil y metalúrgica a través del tejido púrpura.

²⁷ *Ilíada*, 3,126; 22,141; *Odisea*, 13,107-108.

²⁸ *Odisea*, 4,135; 6,53,306. Sobre la importancia del tejido púrpura en el mundo micénico y homérico, ver Reinhold, *op.cit.*, p. 16-17.

²⁹ Jenofonte, *Económico*, 10,10. Keuls (*Reign*, p. 248-252) ha sugerido que, frente a la labor creativa del telar, a la que tanto se dedicaban las heroínas míticas, en la Atenas clásica se promociona sobre todo el trabajo monótono y poco creativo del hilado. No obstante, esta diferente representación puede deberse a otros motivos. El hilado requería mucho más tiempo de trabajo que el tejido, así que era más común la imagen de la mujer con la rueca y el huso que ante el telar. Cfr. Barber, *op.cit.*, p. 110-111. También puede haber motivos estéticos: es más simple y proporciona más libertad al artista la representación de una mujer hilando que ante el pesado telar.

volviendo a las princesas macedonias y persas, se trata de un material y un propósito en especial nobles y, por tanto, dignos de ocupar el tiempo de las princesas.

No hay otras referencias claras a la labor doméstica de las mujeres de la familia real macedonia. Las informaciones anteriores a Alejandro son lo suficientemente confusas como para no poder ser tenidas en cuenta³⁰. En cuanto al mundo helenístico, no hay la más mínima alusión. Después de la desaparición de la dinastía argeada, la actividad de las mujeres vuelve a quedar en la sombra, de tal modo que a veces es incluso difícil conocer el nombre de la reina. No en vano, la monarquía macedonia ha perdido también buena parte de su carácter mítico, por más que los Antígónidas intenten relacionarse con Heracles³¹. En cuanto a las a menudo poderosas reinas de las otras dinastías helenísticas, cabe señalar que su feminidad se manifiesta fundamentalmente en su simbolización de la fecundidad, de la prosperidad del pueblo, y, cuando eventualmente se alaban sus personales virtudes femeninas, éstas suelen referirse a su valía como esposas y, sobre todo, madres. El mundo ha cambiado. Ya no existen dinastías míticas. Las reinas helenísticas no tienen demasiado que ver con las heroínas homéricas y menos aún con las ciudadanas atenienses encerradas en su casa y aplicadas en la labor, aspecto que, por aquella época, también parece estar cambiando³².

Una última cuestión es identificar a las hermanas concretas que habían elaborado las ropas de Alejandro. Cabe reseñar aquí que la madre, Olimpia, no participa. Tampoco se aconseja a Sisigambis que sea ella misma quien aprenda a tejer, sino sus nietas. Puede ser cuestión de edad. Tampoco la anciana mítica por excelencia, Hécuba, es presentada ante el telar, aunque, como se ha indicado, la reina Arete sí se dedique –sentada

³⁰ La aparición de Cleopatra, esposa de Arquelao (413-399 a.C.), junto al molino (Arístides, 45,55, ed. Dindorf), no implica que ella en persona estuviese moliendo grano; pero, de ser cierto, recordemos cierta nostalgia de los «felices tiempos antiguos», en que las mujeres se dedicaban a moler el grano (Ferécates, *Salvajes*, 10). En cuanto a la historia de los panes de la esposa del rey de Lebea (Heródoto, 8,137), se trata de una pura leyenda mítica, en todo caso referente a mujeres no pertenecientes a la dinastía teménida, y además Heródoto se apresura a decir que era la misma pobreza de los reyes de aquella época la que obligaba a sus mujeres a tener que elaborar el pan.

³¹ E. Edson. «The Antigonids, Heracles and Beroea», *HSCP* 45, 1934, p. 213-246.

³² Sobre reinas, ver G.H. Macurdy. *Hellenistic Queens. A Study of Women-Power in Macedonia, Seleucid Syria, and Ptolemaic Egypt*. Baltimore 1932. Sobre mujeres helenísticas en general, Cl. Vatin. *Recherches sur le mariage et la femme mariée à l'époque hellénistique*. París 1970. Sobre reinas antigónidas, S. LeBohec. «Les reines de Macédoine de la mort d'Alexandre à celle de Persée», *Cahiers du Centre G. Glotz* 4, 1993, p. 229-245.

junto al fuego— al hilado. Al parecer, la mujer anciana estaba «liberada» de la labor ante el telar, o, al menos, estaba menos entregada a esta tarea.

De las hermanas de Alejandro, sabemos que llegaron a edad adulta tres: Cleopatra, también hija de Olimpia; Tesalonice, hija de la tesalia Nicesipolis; y Cinna, hija de la princesa iliria Audata³³.

En el año 331 a.C., hacía tiempo que Cleopatra estaba casada con Alejandro del Epiro —la boda había tenido lugar en 336 a.C. y fue la ocasión del espectacular asesinato de su padre Filipo—, y para entonces ya era viuda y actuaba como regente del reino, así que es difícil que hubiese participado en la confección de la ropa de su hermano. En cuanto a Tesalonice, poco se sabe de ella; es más que probable que viviese en la corte macedonia y, al parecer, todavía soltera, así que es candidata preferente a haber realizado esta labor. Por último, Cinna se hallaba en la corte, viuda, cuidando de su hija Eurídice.

De Cinna se dice que, siguiendo la costumbre iliria, fue entrenada por su madre en el arte de la guerra y, siendo una adolescente, antes de casarse, mató en singular batalla a una princesa iliria. Ella misma se ocupó de adiestrar militarmente a su propia hija³⁴. El que Cinna fuese una guerrera no era impedimento para que trabajase en el telar. La diosa Atenea era diosa de la guerra y del trabajo textil. Ella misma elaboró su propio peplo³⁵.

³³ Sobre ellas, ver E. Carney. «The Sisters of Alexander the Great. Royal Relicts», *Historia* 37, 1988, p. 385-404.

³⁴ Polieno, 8,60, así como Duris *ap.* Ateneo, 13,560f. Sobre Cinna, ver V. Heckel. «Kynnane the Illyrian», *RSA* 13-14, 1983-84, p. 193-200.

³⁵ *Ilíada*, 5,733-735; 8,384-386. Sobre Atenea Ergane, patrona del trabajo textil, ver Barber, *op.cit.*; Keuls, *Reign*, p. 248-252, y E. Pottier. «La chouette d'Athéne», *BCH* 32, 1908, p. 529-547, en p. 540-545.

Este artículo ha sido elaborado durante mi estancia en el Departamento de Arqueología de la Universidad Aristotélica de Salónica (Grecia), con una beca postdoctoral del Plan Propio de la Universidad de Granada, durante el curso 1997/98, y se enmarca en el Proyecto de Investigación «Las unidades de producción domésticas mediterráneas», del Plan Nacional I+D, Programa Sectorial de Estudios de las Mujeres y del Género, del Ministerio de Asuntos Sociales.